

## FREUD, SU AFÁN COLECCIONISTA Y EL PERSONAJE MOCHE

Pilar Ortiz de Zevallos\*

Visitar la casa en donde vivió Freud en Londres (20, Maresfield Gardens, Hampstead) y recorrer sus agradables ambientes, mudos testigos del último año de vida del padre del psicoanálisis, es algo muy especial. Pero es al entrar a su estudio, conservado por su hija Anna tal y como estaba al momento de su muerte, cuando uno no puede dejar de sentir con mayor fuerza los ecos de su presencia. Es en ese espacio en donde, con un poco de imaginación, podemos recrear algunas escenas del maestro en su rutina diaria: imaginarlo parado frente al estante de su biblioteca ojeando un libro en busca de algún poema preferido, sentado en su sillón develando los sueños de algún paciente, revisando en su escritorio la correspondencia luego de darle los toques finales al manuscrito de *Moisés y la religión monoteísta*, o mostrando su admiración por una ánfora griega y comentando a un deslumbrado visitante los 1400 años de antigüedad de la pieza.

El estudio, un espacio amplio con dos ambientes, era a su vez consultorio, biblioteca y escritorio. Allí se encuentra el diván, vestido con los mismos tapices y cojines orientales que hemos visto muchas veces en libros y postales. Sobre este se encuentra un grabado que representa a Charcot sosteniendo y mostrando a su histérica en la Salpêtrière ante un auditorio atento y sorprendido. El haber elegido ese lugar principal para colocarlo tal vez fuera una manera de expresar su reconocimiento al médico francés, quien lo estimuló en sus primeros acercamientos al mundo de lo psíquico.

En ese ambiente hallamos los libros que Freud clasificó y escogió traer desde Viena, los objetos que amaba, las piezas que coleccionaba y que deseaba que lo siguieran acompañando en su quehacer solitario y apasionante, tanto de

---

\* Psicoanalista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Licenciada en Psicología y Bachiller en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Estudios en la Maestría de Psicoanálisis Teórico. <pilarozm@gmail.com>

analista como de creador intelectual. Figuras que lo trasladaban hacia etapas pasadas de la Historia, la mitología, los sueños, la creatividad, la belleza y que fueron admiradas por todos los que visitaron el hogar de los Freud. Leonard y Virginia Woolf, sus editores ingleses, observaron que las habitaciones del maestro en Marefields Gardens recordaban en algo a un museo *pues a su alrededor había una gran cantidad de antigüedades egipcias* (Gay, 1990, p. 708).

La formación académica que tuvo Freud marcada por la cultura humanista-clásica ha sido señalada por diferentes estudiosos de su vida y su obra (Ellenberger, 1976; Gay, 1990; Jones, 1981; Miller 1977; Rodrigue, 1996; Zaretsky, 2012; Hullebroeck, 2003). En la biblioteca que dejó en Londres, si no consideramos los libros sobre psicoanálisis, dos tercios de los libros eran sobre temas relacionados a las artes y humanidades, y un tercio de libros referidos a temas científicos (Hullebroeck, 2003). Sus lecturas de autores clásicos y contemporáneos sobre obras de filosofía, literatura, poesía, historia, antropología, psicología y ciencias humanas en general, inspiraron su pensamiento creativo y constituyeron fuentes valiosas de información a lo largo de su vida. Ellenberger nos cuenta que Freud sostenía que *los temas esenciales de sus teorías estaban basadas en la intuición de los poetas* (1976, p. 527). Le gustaba mostrar las obras de sus literatos preferidos y de los trágicos griegos ubicadas en la estantería de su biblioteca afirmando: *Aquí están mis maestros*.

Es innegable que Freud fue un apasionado coleccionista de piezas pertenecientes a importantes civilizaciones antiguas. Lo atestigua la vasta y variada colección de objetos pertenecientes en su mayoría a las culturas mediterráneas del antiguo Egipto, Grecia, Etruria, Roma y en menor cantidad a las culturas orientales como la China o la India. El carácter inextinguible y preservado de esas piezas, cuyo origen remoto se perenniza en una existencia presente, resonaba en Freud a *un mundo como de sueños...* (Rodrigue, 1996, p. 195). Tal vez, porque la pieza antigua representaba para él la vivencia infantil guardada en el inconsciente que, al atravesar la censura, se presenta en el sueño convertida en imagen onírica.

Su interés por las antigüedades comenzó en 1896 cuando no le era fácil permitirse ese lujo. Observamos que el nacimiento de este afán coleccionista —el cual se convirtió en una verdadera pasión que lo acompañó hasta el final de sus días— surgió en la misma etapa en que empezó a concebir su teoría del inconsciente. En ese año Freud “...emplea por primera vez, en dos ensayos, el término *psicoanálisis*” (Miller, 1972, p. 192), y comienza el borrador de su obra *La interpretación de los sueños* en la que nos presenta la idea fundadora del

psicoanálisis: la existencia de un inconsciente personal y su funcionamiento dinámico. Según Freud los elementos y conceptos básicos del libro habían concluido su desarrollo a fines de 1896, aunque se terminó de escribir en el verano de 1899.

Otra profunda y decisiva experiencia personal que tendría Freud ese año fue la muerte de su padre, ocurrida el 23 de octubre de 1896. Según él mismo relató, aquella dolorosa pérdida lo confrontó con aspectos de su mundo interno hasta ese momento desconocidos. Los afectos ambivalentes que esa pérdida le habría suscitado lo impulsaron a buscar en su autoanálisis la comprensión de los mismos. ¿Tendría alguna relación la muerte de su padre y los sentimientos inconscientes surgidos a raíz de ella con el inicio de su afición por adquirir objetos antiguos? Observamos una coincidencia en el tiempo entre el descubrimiento del inconsciente, el inicio de esta práctica coleccionista y la muerte de su padre.

Sabemos que a Freud su figura paterna no le suscitaba la admiración que quizás él hubiera deseado. Hombre mayor y afable, que durante la infancia y juventud de Freud mantuvo una situación económica modesta y por momentos precaria, su padre estaba lejos de constituir la imagen de un hombre exitoso, carente de los rasgos de grandeza y osadía que Freud había admirado desde pequeño en personajes históricos aguerridos y triunfadores como Aníbal o Napoleón. El relato que le hace su padre cuando Freud tiene 10 o 12 años, de cómo, con una actitud sumisa, había recogido del estiércol su sombrero de piel nuevo que un cristiano le había arrebatado adrede gritándole: “Judío, fuera del camino”, quedará grabado en la psique del hijo como una actitud poco heroica y humillante. Posteriormente Freud recordará esa penosa experiencia para señalar la importancia de los sucesos infantiles como material para la elaboración de sueños, como en el caso específico en donde analiza un sueño propio en que ve realizados sus deseos infantiles inconscientes de grandeza y poder.

En su afición por coleccionar piezas de culturas antiguas ¿estaría Freud queriendo reparar inconscientemente esa herida narcisista, recuperando en esos objetos valiosos y admirados que han sido desenterrados la figura paterna admirada que le hubiera gustado tener? ¿El obtener esas piezas de colección y rodearse de ellas significaría acaso la realización de un deseo inconsciente? ¿El deseo inconsciente de reparar a la figura paterna, y de esa manera no sentirse culpable de superar al padre? Freud descubrió en su autoanálisis: *...que es tan peligroso vencer en la propia batalla edípica como perderla* (Gay, 1990, p. 116). Si fuese así, su frase *un mundo como de sueños*, para referirse a su colección de piezas antiguas, cobraría un nuevo sentido.

Una manera complementaria, desde un enfoque teórico diferente, para comprender el interés de Freud hacia las culturas antiguas y su gusto por adquirir piezas pertenecientes a aquellas es sostenida por Gedo, quien propone la teoría de *objetos transicionales*, cuya significación más profunda sería de *sobrellevar heridas narcisistas producidas por sus decepciones familiares* (En Hullebroeck, 2003, p. 82).

Ver reunidos todos esos objetos en su estudio nos hace pensar en cómo su pasión por desentrañar lo oculto, lo arcaico de la psique, se vería retada y estimulada por esas imágenes. Fueron esas mismas piezas las que muchas veces le inspiraron metáforas para poder explicar a sus pacientes el funcionamiento del inconsciente. *Yo ilustraba mis comentarios señalando los objetos antiguos alrededor en el consultorio. Aquellos, decía yo, eran de hecho sólo objetos encontrados en una tumba y con su entierro habían logrado conservarse...* (Folleto Freud, Museo, Londres).

Gracias a la popularidad internacional adquirida por Freud su faceta de coleccionista de antigüedades era conocida. Jones (1981, T. III) nos cuenta cómo a su llegada a Inglaterra muchas personas le enviaron de regalo piezas antiguas valiosas, porque se pensaba que su propia colección iba a ser retenida en Viena por los nazis. Esa fue una de sus mayores preocupaciones durante los preparativos de su mudanza a Londres. En una de las últimas cartas que le escribió desde Viena a su hijo Ernest, el 12 de mayo de 1938, le decía:

*Si llegara ahí cubierto de riquezas, iniciaría una nueva colección con la ayuda de tu cuñado<sup>1</sup>. Como no será así tendré que conformarme con las dos figuritas que la princesa<sup>2</sup> rescató en su primera visita y con las que compró de su última estancia en Atenas y guarda para mí en París. No tengo ni idea de qué porcentaje de mi colección lograré que me envíen. Todo este asunto me recuerda la anécdota del hombre que trataba de rescatar la jaula con el pájaro del edificio en llamas”* (1963, p. 492).

Finalmente todas sus antigüedades pudieron ser trasladadas de Viena a Londres en el verano de 1938 gracias a un oficial nazi admirador del creador del psicoanálisis.

---

1 Se refiere a Hans Calmann, anticuario de Londres.

2 Se refiere a la princesa Marie Bonaparte, quien movió sus influencias para que Freud y su familia pudieran salir de Viena rumbo a Londres.

Roazen cuenta que cada pieza de su colección tenía su historia personal de dónde y cuándo la había encontrado o quién se la había dado. La exactitud de Freud exigía siempre que las figuras de los pequeños ídolos estuvieran en el mismo orden en su mesa de despacho (1974, p. 355). Este hecho fue respetado por su ama de llaves cuando en su casa de Londres colocó los valiosos objetos en el escritorio en el mismo orden que tenían en su departamento de Viena.

La relación que Freud tuvo con el arte nos la revela en su artículo *El Moisés de Miguel Ángel*:

*He de confesar, ante todo, que soy profano en cuestión de arte... Pero las obras de arte ejercen sobre mí una poderosa acción, sobre todo las literarias y las escultóricas, y rara vez, las pictóricas. En consecuencia, me he sentido impulsado a considerar muy detenidamente algunas de aquellas obras que tan profunda impresión me causaban, y he tratado de aprehenderlas a mi manera: esto es, de llegar a comprender lo que de ellas producía tales efectos. Y aquellas manifestaciones artísticas (la Música, por ejemplo) en que esta comprensión se me niega, no me produce placer alguno... (1914, p. 1876).*

De esta manera, Freud reconoce que el poder conmoverse y emocionarse ante estas piezas de arte se relaciona con la comprensión que pudiera lograr sobre ellas a través del análisis. Tal comprensión, alimentada por su ímpetu descubridor, requería desentrañar los aspectos inconscientes del artista que estarían detrás del impulso creador materializado en la obra. Resolver sus enigmas era su manera de “aprehenderla”, si no se daba tal “aprehensión” no encontraba disfrute en ella. La confabulación que se daría en esas “pequeñas esculturas” antiguas, entre lo enigmático, lo remoto, lo que estuvo enterrado, representaban para Freud, lo inconsciente, y quizás —como hemos sostenido en párrafos anteriores— aspectos de su propio inconsciente. De allí su pasión por ellas.

Desde otro punto de vista, el trabajo del psicoanalista siempre tuvo para Freud el sentido de reconstruir el pasado a partir de restos encontrados en el discurso o en los síntomas de sus pacientes. De allí el atractivo que tuvo para él la metáfora de la arqueología, para referirse a los aspectos técnicos del psicoanálisis: *Ante lo incompleto de mis resultados analíticos me vi obligado a imitar el ejemplo de aquellos afortunados investigadores que logran extraer de la luz los restos, no por mutilados menos preciosos, complementándolos luego por deducción y conforme a modelos ya conocidos... (Freud, 1905, p. 936)*

Dentro de todas esas piezas colocadas en el estudio nos llamó la atención la presencia de un ceramio perteneciente a la cultura mochica, colocado en la primera fila de un estante. Buscamos otras piezas de culturas peruanas pero sólo encontramos al personaje moche, adornado con un collar de chaquiras, como único representante de nuestro pasado precolombino. Este hallazgo despertó mi curiosidad: ¿cómo llegó allí?, ¿cómo lo obtuvo Freud? Sabía de su afición por coleccionar piezas antiguas, ¿la habría comprado en un anticuario?, y si no había sido así, ¿cómo lo habría obtenido?, ¿alguien se lo obsequió? No parecía pertenecer a ninguna colección pues era la única pieza de su estilo.

El ceramio perteneciente a la cultura Moche III-IV (500 a 800 d. de C.) representa un personaje masculino importante, pues luce un par de grandes orejeras —símbolo de estatus y poder— y lleva puesto un traje de dos colores, a modo de dos mitades equivalentes, lo que nos sugiere los conceptos andinos de dualidad y complementariedad. En la mentalidad andina ambos conceptos eran estructurales de su cosmovisión. Otro aspecto resaltante del personaje moche son sus ojos, que podrían estar expresando un estado de trance. Sabemos que en las sociedades prehispánicas el consumo de sustancias psicotrópicas se daban en contextos mágico-religiosos, lo que podría indicarnos que se trataría de la representación de un sacerdote o chaman. El collar de chaquiras que rodea su cuello, no pertenece al ceramio, aunque podría provenir de la misma cultura. No se estilaba colocar collares sobre las piezas de cerámica en aquella sociedad prehispánica, o sea que el collar debió ser adquirido por Freud junto con el huaco y colocado por él u otra persona a modo de adorno de la pieza.



Por los estudios realizados por Álvaro Rey de Castro (1983, 1989) se sabe que el único peruano que conoció a Freud fue Honorio Delgado. En su etapa de juventud (entre 1915 a 1929), el psiquiatra peruano fue un admirador y estudioso entusiasta de su obra. Fue él quien por esos años introdujo y difundió el psicoanálisis en el ambiente académico peruano. Por tal motivo, intercambiaba correspondencia con su creador y se vinculó con otras figuras del movimiento psicoanalítico internacional como Jones, Rank y Sachs entre otros.

A raíz de su entusiasmo por la teoría psicoanalítica y por la admiración que le suscitaba la figura de

Freud, Honorio Delgado viajó al Congreso de Berlín que se celebró en septiembre de 1922 y concertó una reunión con Freud. Según Rey de Castro (1983), dicho encuentro podría haber tenido lugar alrededor del 16 de noviembre de ese mismo año en Weimar, pequeña ciudad alemana rodeada de bosques y montañas, a donde acostumbraban a ir intelectuales y artistas.

En los años siguientes Delgado se empieza a alejar del movimiento psicoanalítico. Sin embargo, a pesar de la disminución de su entusiasmo por las teorías psicoanalíticas, en septiembre de 1927 Delgado asistió al Congreso psicoanalítico de Innsbruck. En esa estadía Jones lo inscribió como miembro activo de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, convirtiéndose en el primer sudamericano en tener tal membrecía (Rey de Castro, 1983, 1989).

En esa ocasión, acompañado de su esposa, el psiquiatra peruano visitó por última vez a Freud en la villa de Schüller en Summering, ubicada en los Alpes austriacos, donde a los Freud les gustaba descansar en los veranos. En esa visita, en la que coincidió también con Ferenczi, Eitingon y Marie Bonaparte entre otros, Delgado le llevaría de regalo el ceramio mochica. En una carta que Freud dirigió a Delgado, fechada en Viena el 14 de noviembre de 1927, le agradece haber tenido con él y sus nietos algunos detalles. En el texto en donde se publican estas cartas, Rey de Castro escribe en una nota a pie de página: *Alude, presumiblemente, a unos obsequios de Delgado. Sabemos que Delgado le regaló un huaco para su colección de antigüedades* (1989, p. 543).

No sabemos si la elección de Delgado de ese ceramio que representaba un personaje importante, quizá un chamán, fue intencional o no, y si hizo alusión al mismo cuando se lo obsequió a Freud. Pero nosotros no podemos dejar de pensar al ver el huaco moche asentado en su estudio, cómo el obsequio posibilitó la convivencia de dos personajes muy distantes en el tiempo y en su concepción del mundo, que coincidirían en su mirar más allá de lo evidente y en el abrir puertas a nuevas dimensiones en el intento de apaciguar los trastornos del alma.

Como hemos dicho en párrafos anteriores, Freud mostró, desde muy joven, un profundo interés en conocer las diversas manifestaciones de la antigüedad clásica. Integró a su pensamiento creativo lo arcaico desde una perspectiva histórica, desde la cual surgió su reflexión sobre el origen de la civilización. De esa manera, su comprensión de la psique, desarrollada a lo largo de su obra, se enriqueció con el análisis y comentarios sobre las diferentes etapas que atravesaron las culturas antiguas como la griega, romana o egipcia.

Probablemente al tener entre sus manos el ceramio moche, el padre del psicoanálisis tomó contacto por primera vez con la cultura andina prehispánica.



¿Qué interrogantes le habría suscitado esa cultura sudamericana para él tal vez desconocida? Quizás al mirar la pieza admiraría, una vez más, la fuerza de lo arcaico y su carácter imperecedero.

En el testamento que Freud firmó el 28 de julio de 1938, deja a su hija Anna sus antigüedades y sus libros de psicología y psicoanálisis. El destino de aquellas preciadas piezas ya lo conocemos, se conservan en el mismo lugar en el estudio de su casa de Londres. A Freud le gustaba tenerlas cerca: al lado del diván estaban colocados dos objetos especialmente hermosos: una cabeza de Buda en bronce y una escudilla china. El vaso griego, regalo de la princesa Marie Bonaparte, que en Viena se lucía detrás de su escritorio, lo acompañaría para siempre: fue utilizado para guardar sus cenizas y las de Martha Bernais, su esposa (Gay, 1990).

### Referencias bibliográficas

- Ellenberger, H. (1976). *El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica*. Madrid: Ed. Gredos S. A.
- Freud, S. (1900-1901). La interpretación de los sueños. En: *Obras completas* T.II. Madrid: Biblioteca Nueva. (1972).
- \_\_\_\_\_. (1905). Análisis fragmentario de una histeria (caso Dora). En: *Obras completas*. T.III. Madrid: Biblioteca Nueva. (1972).
- \_\_\_\_\_. (1914). El Moisés de Miguel Ángel. En: *Obras Completas*. T.V. Madrid: Biblioteca Nueva. (1972).
- \_\_\_\_\_. (1963). *Epistolario 1873-1939*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Gay, P. (1990). *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Hullebroeck, J. (2003). Todo un mundo de ensueño. Usos y significaciones de la Antigüedad clásica en la obra de Freud. En: *Revista Psicoanálisis*. N°3. Lima: Sociedad Peruana de Psicoanálisis.
- Jones, E. (1981). *Vida y Obra de Sigmund Freud*. V.III. Buenos Aires: Editorial Horme.
- Miller, J. (1977). *Freud. El hombre, su mundo, su influencia*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Rey de Castro, A. (1983). Freud y Honorio Delgado: Crónica de un desencuentro. En: *Hueso Húmero*. N° 15-16. Lima.
- \_\_\_\_\_. (1989). Las cartas de Sigmund Freud a Honorio Delgado. En: *Honorio Delgado. Freud y el psicoanálisis. Escritos y Testimonio*". (Javier Mariátegui, compilador). Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia. Fondo editorial.
- Roazen, P. (1974). *Freud y sus discípulos*. Madrid: Alianza Universidad.
- Rodrigue, E. (1996). *El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Sudamerica.
- Zaretsky, E. (2012). *Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis*. Madrid: Siglo XXI de España editores.



## Resumen

Al visitar la casa donde vivió Freud en Londres y recorrer sus ambientes, a la autora le llama la atención la presencia de un ceramio perteneciente a la cultura moche, colocado en la primera fila de un estante. Este hallazgo despierta su curiosidad ¿Cómo llegó allí? ¿Cómo lo obtuvo Freud? Sabía de su afición por coleccionar piezas antiguas así como el atractivo que tenía para él usar metáforas de la arqueología para referirse a los aspectos técnicos del psicoanálisis ¿La habría comprado en un anticuario?, y si no había sido así ¿Cómo lo habría obtenido? ¿Alguien se lo obsequió? La autora se hace preguntas sobre el origen de la pieza y elabora hipótesis en torno a este interés del padre del psicoanálisis.

**Palabras clave:** Herida narcisista, historia, imagen, inconsciente, sueños

## Abstract

When visiting the house where Freud lived in London and exploring its interiors, a ceramic belonging to the Moche culture that was sitting in the front line of a shelf, called the attention of the author. These finding aroused her curiosity ¿How did it arrive there? She knew his hobby of collecting antiques and how fond he was to use archaeological metaphors to speak about technical aspects of psychoanalysis ¿Did Freud buy it in an antique shop? if not, ¿how did he obtain it? ¿Was it a present from someone? The author wonders about the origins of this piece and develops hypothesis about this interest of the father of psychoanalysis.

**Key words:** Narcissistic wound, history, image, unconscious, dreams